

# iglesia, tiempo y sociedad

José Luis L. Aranguren

En diversas ocasiones he insistido en el hecho de que la Sociedad española actual es una sociedad cambiante, una sociedad en transición. Hoy quisiera tomar como punto de partida una característica semejante de la comunidad católica contemporánea: la de que también se encuentra pasando por una crisis, a la vez de AGGIORNAMENTO con respecto al mundo moderno y de profundización en el mensaje evangélico. Crisis, en definitiva, debemos esperarlo así, de crecimiento, pero no por eso menos difícil. Pasaron los tiempos en que estaba de moda, entre los intelectuales, ser católico, en que una porción, entre los más grandes pensadores y escritores, lo eran. Durante esa época, de un catolicismo triunfalista, aunque de ÉLITE, se cultivaba un "clasicismo litúrgico", el de Romano Guardini en *El espíritu de la liturgia*, el del Monasterio de María Laach y el abad Herwegen, que había sido precedido por la "liturgia romántica" de Dom Guéranger y la Abadía de Solesmes. Uno y otra tenían de común la nota "exquisita" y "refinada", la perfección del rito, el ser la Obra no sólo DE Dios, sino también casi exclusivamente PARA El, la severa exigencia cultural frente a las misas que podríamos llamar, con una terminología actual, de fácil consumo privado, rápidamente "rezadas" más que solennemente celebradas.

Pero el tiempo pasa hoy muy de prisa y el materialismo occidental, perfectamente acomodado al hecho sociológico de un cumplimiento religioso—SE debe pertenecer a una DENOMINATION confesional, igual que SE debe desempeñar una profesión respetable y aceptar toda una serie de normas sociales, acreditativas de nuestro buen ajustamiento a la sociedad establecida—, ya no se inquieta lo más mínimo por lo que, hace pocos años, todavía constituía un "escándalo": la abreviación del ayuno eucarístico, las modificaciones en la liturgia de la Semana Santa, la misa cara al pueblo o dicha en lengua vulgar, etc. Las reformas litúrgicas no preocupan ya a nadie, puesto que no tocan a la estructura social, que es lo que a la gente importa de veras hoy y, por otra parte, en su sentido profundo no

son comprendidas por casi nadie. El problema litúrgico es hoy—muy lejos ya de Guéranger y de Guardini—un problema de COMUNICACION con el pueblo, un problema de LENGUAJE. La palabra de Dios, en latín, se hallaba revestida de un prestigio sacro que suplía a su incomprendibilidad; y para la "participación" activa, al pueblo se le proporcionaban unas formas extralitúrgicas de piedad o devoción que entendía muy bien. Pero caídas éstas en descrédito, ya no le queda más que el castellano de los misales, que ni es ya MISTERIOSO ni es, todavía—ni mucho menos—, la lengua viva de hoy. Por eso decía hace un momento que se trata de un problema de comunicación: necesitamos una "traducción" de la *Biblia* y la Misa que las acerquen a nuestra mentalidad y nuestra sensibilidad, a nuestra "habla" y nuestra comprensión real. O, dicho de otro modo, necesitaríamos, en 1965, un Lutero católico. Lo que, en estos tiempos de descristianización, no parece fácil de encontrar. (Pero tampoco imposible.)

Mientras no se haga esto, la reforma litúrgica seguirá siendo, para los más, un asunto meramente CLERICAL que trae sin cuidado a su positivismo religioso. Que se suprima el salmo 42 al comienzo de la misa y el último evangelio al final, que se interrumpa aquélla durante la predicación, etc., son cosas a las que los "consumidores" de religión se acomodan pronto; la Jerarquía eclesiástica española, por lo general tan conservadora, en seguida ha comprendido la falta de peligrosidad de estas modificaciones, con cuya rápida introducción se da a la asamblea de los fieles una buena conciencia de "modernidad", sumamente tranquilizadora. Por el contrario, la libertad religiosa—sobre todo en países que siguen entregados a la ilusión de la unidad católica—, en general el diálogo, franco y abierto, con el mundo moderno y la confrontación leal con los problemas reales que éste tiene planteados, constituyen, siguen constituyendo, graves obstáculos. ¿Por qué?

Porque no sólo la Sociedad global, también la comunidad católica, son hoy esencialmente PLURALISTAS. El CULTURAL LAG, la distancia y el desfase entre las distintas "subculturas" católicas, son enormes. Encontramos hoy, coexistiendo incommunicadamente, una serie de subsistencias de religiosidad. En España esto es muy visible. Hay una masa, conservadora y burguesa, que solamente a remolque seguirá las innovaciones del Concilio. Este, puesto que señala una dirección a mi juicio irreversible, habría podido imponerlas todas de golpe. Pero ha preferido tener paciencia, esperar a que los espíritus maduren y a que se produzca una REFORMA MENTAL, que requiere tiempo, antes de la correspondiente REFORMA ESTRUCTURAL. Es una prueba de "liberalismo" en el mejor sentido de la palabra, quiero decir, de adaptación a las necesidades espirituales de cada subgrupo católico y a su TEMPO de evolución, la que Pablo VI y el Concilio nos han dado.

Es una ilusión, la ilusión de la "parcialidad", pensar que la reforma profunda de la Iglesia sea separable de la reforma de la sociedad. Iglesia con mayúscula, en tanto que institución temporal (no en tanto que "Cuerpo místico") e iglesia con minúscula, en tanto que templo, son reflejo, son expresión de la Sociedad. Por eso no tenemos otras iglesias sino las que nos merecemos. Y, por lo mismo, tratar de imponer violentamente a una comunidad burguesa, con todos los prejuicios de la burguesía—tomo esta última palabra no sólo en sentido socioeconómico, sino también en el "filisteo" del que la hacían sinónima los románticos—, las estructuras arquitectónicas ultramodernas y el arte plástico no figurativo es

proceder demasiado aprisa, imprudente, impacientemente. Peor aún: producir una distorsión o una falsedad, una ruptura entre la forma y el espíritu.

Creo, y así lo escribí hace ya bastantes años, que la época de la Contrarreforma ha terminado. Pero durante mucho tiempo quedarán católicos con mentalidad contrarreformatora. ¿Será menester quemarlos, como a los antiguos herejes, quiero decir, acabar drásticamente con ellos? No es ése el modo como ha procedido el Concilio. Hay que fomentar la evolución a través de un pluralismo estilístico cuya vanguardia sirva de estímulo y emulación y que, mediante una reforma paulatina de la mentalidad y la sensibilidad, prepare los tiempos que han de venir. Para muchos católicos la adaptación a la nueva religiosidad será ya muy difícil, si no imposible. ¿Habremos de arrebatarnos SU modo religioso de ser, porque nos parezca anticuado? ¿Habremos de arrancarles sus empalagosas imágenes, sus estampitas de colorines, sus almibarados devocionarios?

La Iglesia está dando hoy un salto de siglos. A algunos de nosotros nos parece que se queda corta todavía, pero otros difícilmente pueden seguirla. Y la Iglesia es de todos y para todos. Sin necesidad de ser reaccionario puedo ponerme en el lugar, por un momento, de quienes lo son, e imaginar el SHOCK que están sufriendo. Hay que darles tiempo para que se reconcilien con el mundo moderno y, si no pueden, hay que dejarles morir tranquilos, en el seno de la Iglesia, que es universal, envueltos en sus nostalgias de unánime Cristiandad o de cerrada Contrarreforma.

Pues también la Contrarreforma, y no digamos el régimen de Cristiandad, tuvieron su propia grandeza, su genuina espiritualidad. ¿Quién, entre los humanos, puede decidir qué época ha estado o está más cerca de Dios que las demás? Hoy hacemos de la secularización, acendramiento o, dicho más en crudo, de la necesidad, virtud. Es muy fácil decir que, desde el gótico, la mirada de los fieles, en el interior de las iglesias, se distrae y desaparece en la progresiva multiplicidad de detalles que le impiden concentrarse en lo Único importante: el Misterio del Altar. Sí, la iglesia moderna, vista *por dentro*, es, ha sido, una profusa sollicitación de la atención. Pero ¿qué ocurre si la miramos *por fuera*? Al cruzar en automóvil los viejos pueblos todavía encontramos el caserío arracimado alrededor de la iglesia, imagen religiosa del rebaño en torno al Buen Pastor. Por contraste, en las ciudades actuales lo que descuella no son ya las cúpulas, campaniles o torres de las iglesias, sino los enormes rascacielos, símbolo tectónico de una época secularizada. ¿Y no cabe interpretar la voluntad de servicio divino, inexorablemente impuesta en los templos modernos, sin dejar la menor posibilidad de "juego" sacro, como una transposición de la seca funcionalidad, propia de nuestro tiempo?

Creo que no soy sospechoso de intentar, vanamente, volver atrás o, cuando menos, detener la historia. Acepto mi tiempo tal y como es y estoy contento de vivir en él. Pero no lo idealizo. Es un tiempo desacralizado y descristianizado. Un tiempo en el que, tras la llamada "primavera litúrgica" o, más bien, católica, vuelve a ser muy difícil profesar nuestra fe y en el cual, por eso mismo, es menester inventar una manera actual de predicar y vivir el cristianismo. ¿Mejor, peor que las anteriores? No lo sé. En cualquier caso, una manera NUESTRA que, sin embargo, no haga imposible los modos probablemente residuales, caducos, llamados a desaparecer, pero todavía vivos, de los otros.